

ENTRE EL SILENCIO Y EL PODER: TERROR Y DISPOSITIVOS BIOPOLITICOS EN EL CASO AYOTZINAPA

DATOS DEL AUTOR:

Oscar Alejandro Guerrero Hurtado, estudiante de la Maestría en Estudios Políticos y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Correo electrónico: valkirya91@hotmail.com – oaguerrero@unal.edu.co

RESUMEN:

El artículo aporta elemento de análisis para entender las implicaciones históricas y sociológicas de los hechos ocurridos el 26 de septiembre de 2014 en Iguala, Estado de Guerrero desde la perspectiva de los dispositivos de poder que, en distinta configuraciones y niveles estructurales, se articulan para fraguar la desaparición y asesinato de los estudiantes normalistas. El hilo teórico y metodológico que orienta la construcción del documento es la discusión entre la analítica del poder de Michel Foucault y algunas de las tesis fundamentales de Karl Marx, con el propósito de entender la configuración de instancias de poder – estatales y privadas- entroncadas en la economía política de las contrarreformas estructurales que está experimentando México.

ABSTRACT:

The article provides analysis element to understand the historical and sociological implications of the events of September 26, 2014 in Iguala, Guerrero from the perspective of power devices in different configurations and structural levels are articulated to forge the disappearance and murder of student teachers. The theoretical and methodological thread that guides the construction of the paper is the discussion between analytical power of Michel Foucault and some of the basic tenets of Karl Marx, in order to understand the configuration of instances of power -state and private imbricated in the political economy of structural counter that is experiencing Mexico.

El 27 de Septiembre la sociedad mexicana se estremeció: algunos medios de comunicación comenzaron a informar sobre los hechos violentos ocurridos entre la noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre en el municipio de Iguala, Estado de Guerrero, en el sudeste de la república. El país no terminaba de percatarse de la gravedad de los hechos y entre la espesa bruma de los cables periodísticos solo se abría paso la brutal imagen de un hombre asesinado cuyo rostro había sido desollado, en esas condiciones la crudeza de la fotografía desbordó las redes sociales antes de que los estudiantes de la Escuela Normal Isidro Burgos de Ayotzinapa pudieran romper el cerco mediático y denunciar lo que había ocurrido: fueron atacados con armas de fuego por policías municipales y sicarios, varios compañeros cayeron víctimas de las ráfagas en el acto y otros 43 permanecen desaparecidos.

La respuesta de la sociedad civil no se hizo esperar, las movilizaciones pusieron en vilo al país y arrinconaron políticamente el gobierno de Enrique Peña Nieto: los mexicanos se lanzaron a las calles y jornadas globales contra la represión pusieron a México en el centro de la agenda internacional mientras el gobierno trataba de administrar el conflicto ofreciendo "indemnizaciones" a los familiares de las víctimas y movilizando a las fuerzas federales para que tomaran el control militar de la región, de esta forma el gobierno federal desplazó del escenario político regional al Partido de Revolución Democrática, de oposición, autodenominado de izquierda y que había concedido los avales al, ya para ese momento prófugo, presidente municipal de Iguala José Luis Abarca y al gobernador de Guerrero Ángel Aguirre, que renunció ante la presión social y política de las primeras movilizaciones nacionales.

Al ataque a parte de policías municipales coludidos con agentes del crimen organizado a población civil, que incluía el asesinato de estudiantes y la desaparición de otros 43, se sumaba a la muerte de 21 presuntos delincuentes a manos de elementos del Ejército Nacional en Tlataya, Estado de México y a los más de 27.000 desaparecidos en México desde 2006 –reconocidos por el Centro Nacional de Derechos Humanos-, de los cuales 5098 fueron reportados en 2014.

De la herida abierta no había dejado de brotar sangre pero el caso de los 43 estudiantes desaparecidos conmovió el país, dentro de la economía moral de la sociedad mexicana se desgarró la normalización que fija la violencia a la retina, la estética de la resignación cedió paso a la indignación colectiva movilizadora y con distintos grados de organización.

A pesar de que la irrupción de las movilizaciones se dio de forma simultánea es imposible negar los matices regionales, que creó una compleja configuración de demandas y modalidades de acción: desde las movilizaciones en el Distrito Federal, nucleadas en torno a las universidades públicas –para ese momento en el Instituto Politécnico Nacional continuaba la huelga para exigir reformas democratizadoras a la institución-, hasta expresiones más radicales de protesta en las regiones, especialmente en Guerrero, un Estado con una tradición de lucha social y agravios que ha construido importantes acumulados políticos y organizativos.

Entre las marchas, foros, mítines, brigadeos y tomas de casetas se fue abriendo paso una consigna: ¡FUE EL ESTADO!, que insistía en la naturaleza estructural, vinculada al armazón geoestratégico de la política económica y las reformas constitucionales, de la agresión en Ayotzinapa: con las movilizaciones México se abrió a un momento colectivo de reflexión histórica para desentrañar los rasgos contrainsurgentes de la guerra contra el narcotráfico declarada por el gobierno panista de Felipe Calderón en 2006, que vinculó a las instituciones civiles y militares del Estado en un complejo entramado de intereses con el crimen organizado, estructuras que no han visto socavada su capacidad de control social y territorial a pesar del recrudecimiento de la violencia y la militarización del país¹. Con Ayotzinapa la sociedad civil mexicana dejó de auto-percibirse como víctima para asumirse como derrotada, objeto de dispositivos de control que trazan líneas de continuidad con el antiguo régimen priista a la vez que introducen un nuevo

¹ Así lo ha reconocido el propio gobierno de Estados Unidos, en 2012 el Departamento de Estado aseguró que el 80% de la droga enviada a Estados Unidos atravesaba rutas controladas por carteles mexicanos, por lo cual recomendaba agilizar la implementación de la Iniciativa Mérida; en 2013 la DEA en *informe sobre la evolución de la amenaza de la droga* alertó sobre el posicionamiento de México como país productor de varias drogas, así como el progresivo control de los carteles mexicanos sobre otras fases del proceso.

repertorio de técnicas: cooptación política, intimidación basada en el uso ejemplar de la violencia, clausura ideológica de los medios de comunicación y disciplinamiento a través de la vigilancia y control urbano.

A pesar de la legitimidad de la demanda de verdad y justicia de los padres, Ayotzinapa sigue muy cerca en el tiempo, y el análisis sociológico podría extraviarse en el variopinto de información que a través de múltiples medios y fuentes sigue llegando. No obstante, quisiéramos poner en juego elementos de análisis que enlacen la crudeza del acontecimiento con la tendencia estructural del momento histórico y político que vive México a través de una analítica del poder.

Las características de lo ocurrido demandan una lectura crítica que dé cuenta del soporte estructural de larga duración que se muestra como un trágico síntoma. Para esto trataremos de mediar el dialogo entre la aproximación genealógica de la analítica del poder en Michel Foucault y el discurso crítico de Marx, una tarea que no resulta fácil por el peso que en uno y otro autor tienen variables de análisis como la historicidad del sujeto, la dimensión productiva de las conexiones estructurales o el entramado técnico de relaciones de poder. Aun así, la potencia crítica de ambos autores se recoge en la negación radical de la verdad como un fetiche discursivo que se modela en el espejo del poder, para esto intentaremos establecer tres ejes articuladores, planos de discusión conceptual que nos ayuden a iluminar algunos aspectos de la agresión cometida contra los estudiantes de Ayotzinapa y permita dimensionar la tendencia estructural que desmiente las versiones que califican la masacre como un hecho aislado.

1. El primer eje articulador de esta agenda tentativa de articulación entre dos perspectivas críticas sigue un punto de fuga dibujado por Michel Foucault a lo largo de obra: una concepción del poder que responde al modelo analítico de la guerra, situando allí una relación de correspondencia entre la racionalidad estratégica del ejercicio del poder como mecanismo de subordinación productiva que supone entender al poder como una relación social que impone formas de "rendición" permanentes pero sutiles, visibles pero inverificables y, al mismo tiempo, una relación de continuidad que estructura el ámbito de lo político como la

continuación de la guerra por otros medios². Y será precisamente la genealogía de estos medios la apuesta metodológica del filósofo francés para construir una analítica del poder, que sin sugerir una teoría universalizante asume la desmitificación de los dispositivos que insertan la relación de poder en el plano de la producción social del sujeto, el cuerpo y la población.

Para el propio Foucault el suyo constituye un esfuerzo para tratar de dar cuenta del fenómeno más importante del siglo XX: el problema del poder, que queda al descubierto en la Segunda Guerra Mundial con los campos de concentración y, más adelante, con la consolidación del estalinismo como sistema de gobierno en el bloque socialista. De allí que el problema del exceso de poder y sus mecanismos sociales de reproducción se hayan puesto en el centro del debate que Foucault asume a través de su obra con una hipótesis fundamental: el poder político no constituye un meta-fenómeno de la anatomía económica de la sociedad, por tanto los excesos del poder ni los procesos emancipatorios pueden ser explicados como una función exclusiva de los ciclos de expansión y contracción de la economía, supuesto que habían compartido tanto marxistas como liberales³.

En un contexto teórico y político de los años 60's, en el que el Estado aparece como un bloque de poder homogéneo, con aparatos ideológicos y mecanismos de conducción estructural de la sociedad y que, al mismo tiempo, ve consolidar el protagonismo de movimientos y actores sociales que desdoblan la lucha social hacia otros campos de disputa cultural y política, Foucault dibuja un cuadro analítico del poder en tres dimensiones: como técnica social descentralizada, que aborda el problema de la genealogía de los dispositivos de control y afirman, en segundo lugar, su carácter productivo, esto es, el poder como una matriz social ontogenética –en el campo de la formación de subjetividades, cuerpos y estéticas, que alindera dominios de saber cómo andamiaje epistemológico de sus propios mecanismos de reproducción y con pretensión de verdad como criterio de

2 FOUCAULT, Michel (2006): *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

3 FOUCAULT, Michel. (2012). *El poder: una bestia magnífica*. Siglo XXI Editores. México D.F.

normalización de las conductas sociales, los flujos e intercambios económicos y movimientos del cuerpo, cuestión que llevara a Foucault a abordar de manera transversal el problema la inserción de la multiplicidad humana como objeto de control y reconducción del poder para la homogenización de lo que se percibe como anormal.

Y será el problema de la homogenización –la normalización social como pieza clave de las prácticas de poder- lo que le permitirá a Foucault abordar la cuestión metodológica sobre los ámbitos y escalas de análisis, pues implica descentralizar el ejercicio y la disputa por el poder en ámbitos micro-sociales que se extienden a través de múltiples conexiones por todo el cuerpo social, esto es, pensar el posicionamiento táctico de dispositivos de control social para disponer cuerpos, saberes y fenómenos naturales en circuitos económicamente rentables y políticamente útiles de alcance estratégico⁴: desde allí la sociedad se deja ver como una obra de ingeniería nucleada en torno a prácticas de poder que, no obstante el principio general de descentralización, se agrupa en dispositivos, tecnologías y bolsas que densifican el ejercicio de poder y que pueden asumir la forma de aparatos políticos.

En esta lógica estrategia del poder, que supone asimetrías estructurales precedidas por formas capilares de sujeción, las relaciones de poder no constituyen ámbitos de dominación total de un sujeto sobre otro sino, más bien, campos de disputa donde se configuran equilibrios de fuerza que hacen posible identificar prácticas y modalidades de resistencia que cierran el mecanismo de poder como matriz estructurante de la vida social. En Foucault el problema del poder no aparece codificado como un aparato jerarquizado para la toma de decisiones ni únicamente como artefacto represivo, su naturaleza social es de carácter productivo y se articula en torno a un entramado tecnológico y no como potencia pre-social que concierne al monopolio del Estado, de allí que el poder se profile como practica para la modificación del sentido de la praxis social del otro:

4 FOUCAULT, Michel. (2002). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. México D.F.

para redirigirlo, construirlo y mutilarlo en el eje de acción del saber-poder, no solo en el plano de la constitución del cuerpo como plataforma anatómica de la fuerza de trabajo sino para trazar el horizonte de autocomprensión de quien padece el poder a través de la producción discursiva que trata de imponer su estatuto social como verdad ineludible.

Detrás de esta analítica del poder se afirma la desmitificación posestructuralista como apuesta epistemológica: allí el saber-poder se despliega a contrapelo de las prácticas dominantes de poder como manifestación de resistencia social, como contrapoder que descifra el campo de batalla que se esconde bajo la paz social, una concepción de la vida social compatible, solo en algunos sentidos y aspectos, con la filigrana dialéctica de la tradición crítica del marxismo. Para empezar es necesario crítica la idea del *campo de disputa* que afirma el carácter relacional y estratégico de las prácticas de poder en Foucault, que sitúa la irrupción de nuevas técnicas de poder en el contexto de la consolidación del capitalismo –sin abandonar la veta posestructuralista que atraviesa su obra-, más aun, la *época clásica*, definida por Foucault como el parteaguas de una nueva racionalidad estratégica de gobierno, coincide con el proceso histórico de acumulación originaria de capital.

De allí que consideremos necesario situar el análisis de las prácticas de poder en el eje de disputa estructural capital-trabajo y su dimensión subjetiva: la lucha de clases como condensador estratégico de relaciones de poder que se juegan en el ámbito táctico de las relaciones de dominación y resistencia sin perder su carácter insustancial y descentralizado aun cuando tienden a la polarización en clave de disputa de clase. Estos condensadores ofrecen a las relaciones de poder un marco histórico y material que define en la correlación de fuerzas una tendencia estructural a la realización de los intereses materiales y del proyecto ideológico de un grupo dominante, de su concepción del mundo, estética política y valores civilizatorios, que imponen en el caso del capitalismo la maximización de la rentabilidad, a través de la circulación creciente de valores de cambio, como objetivo último del artefacto social que alinea los engranajes y técnicas de poder,

sean estas de carácter judicial, disciplinario o de seguridad, una hipótesis que aparece suscrita en el fondo de la reflexión teórica del propio Foucault⁵.

A lo largo de su obra, no sin puntos de inflexión y reconversión conceptual, la normalización de las prácticas a través de dispositivos de poder que operan sobre un estatuto social de verdad no ocurre en el vacío, la operación de estas técnicas se encuadra en conflictividades sociales anticipatorias que pueden codificarse en la dimensión subjetiva de la lucha de clases, sin que ello implique alguna concesión de Foucault al determinismo estructuralista del marxismo althusseriano de los años 60's. Si así se quiere, la reflexión teórica de Foucault puede ser leída en términos de análisis estructural sin estructuralismo, sin sujeto histórico trascendente y por tanto, sin el desarrollo escatológico del conflicto social que tiende históricamente a asumir la forma estructural de la lucha de clases.

A pesar de que Foucault analiza las relaciones de poder desplegadas a lo largo del cuerpo social, con intersecciones que lo reproducen y lo multiplican más allá del aparato institucional del Estado, también esclarece la presencia de niveles de producción social de lo normal, es decir, la construcción de mecanismos de inclusión-exclusión responde a dinámicas asimétricas que gravitan en torno a ciertos intereses, instituciones y clases sociales. Lo cual no significa que los grupos dominantes estén en capacidad de hilar a voluntad relaciones de poder en función de sus intereses, su potestad reside en la capacidad de fortalecer, debilitar y redirigir entramados de poder para orientar la construcción de los sujetos a través de ciertos mecanismos de control social que se adecuan a la visión dominante del mundo⁶.

5 Al respecto vale la pena considerar: FOUCAULT, Michel. (2002). "Disciplina –Capítulo III–" en *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. México D.F.; FOUCAULT, Michel. (2014): "Clase del 8 de febrero de 1978" en *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.; FOUCAULT, Michel. (2012): "El mundo correccional" en *La historia de la locura en la época clásica* (Vol. 1). Fondo de Cultura Económica. México D.F y FOUCAULT, Michel. (2012): "poder y saber" en *El poder: una bestia magnífica*. Siglo XXI Editores. México D.F.:

6 FOUCAULT, Michel. (2012). *El poder: una bestia magnífica*. Siglo XXI Editores. México D.F.

Las dos partes de la hipótesis matizan la lógica bélica de las relaciones de poder y, particularmente, de la lucha de clases. Dicho así los intercambios entre ambos grupos sociales no son en todos los casos excluyentes, allí la relación de dominación se teje de forma capilar, mediada por relaciones de desplazamiento circular, disputa y resistencia, a tal punto que la regulación y la disciplina pueden llegar a convertirse en una demanda central de los grupos dominados y excluidos, que se expresa en la exigencia de seguridad social y vigilancia continua. Esto implica que los vencidos han incorporado en sus tramas de sentido las necesidades de las clases dominantes y se han convertido, ellos mismos, en nodos de reproducción de un esquema de dominación fuertemente racionalizado desde el siglo XVIII⁷.

A pesar de que la disputa de clase como hilo conductor de los campos de fuerza donde operan las relaciones de poder es una intuición teórica que atraviesa la obra de Foucault, existen elementos problemáticos en su propuesta conceptual. No obstante el propio Foucault reconoce el posicionamiento táctico dentro de juegos de poder con reglas de juego cambiantes, que hace posible pensar en formas de dominación y prácticas de resistencia social, su analítica del poder no es una genealogía de la resistencia o la contraofensiva de los vencidos, el poder aparece allí, con cierta independencia histórica, como un atributo de quien domina y la resistencia como un espacio existencial que en principio no puede ser codificado: la locura, el ilegalismo popular, la in-disciplina o cualquier otra modalidad de resistencia que es finalmente reconducida y dispuesta en función del propio poder como relación de conducción de las conductas, objetivo estratégico del mecanismo biopolítico.

El nodo problemático de este planteamiento es que suprime la talanquera histórica del sujeto, atravesada estructuralmente por su capacidad de dominar o no las condiciones de su propia reproducción material y espiritual, y lo convierte en el sujeto-objeto de relaciones de poder que lo preceden y sobre cuyos dispositivos

7 FOUCAULT, Michel. (2014). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

puede, al mismo tiempo, operar. La racionalidad política que orienta la disposición táctica o estratégica de tecnologías de poder solo salta a la vista en el marco de un análisis estructural del momento histórico que fue propuesto por el propio Foucault para entender la configuración del poder disciplinario, lo cual significa que el nacimiento de la anatomía política solo tiene sentido –y al mismo tiempo motoriza en el ámbito microsocio- en el conjunto de procesos que Marx ha agrupado dentro de la categoría histórica de la acumulación originaria de capital.

Marx ha reconstruido el movimiento histórico que dio origen a la forma de apropiación de los medios de vida y la reorganización del trabajo en función de la maximización de la ganancia capitalista⁸, es decir, traza la línea que va desde el movimiento estructural a la configuración de los actores, subsumiendo el trabajo en el circuito de acumulación de capital. La última pieza de la ecuación es la formación de la clase capitalista, que monopoliza la organización del trabajo dentro de las condiciones de producción propiciadas por la revolución agrícola, el desarrollo técnico y el marco normativo que pone a su disposición el aparato coercitivo de los nacientes Estados nacionales.

Solo esta clase social, dominante en relación a la producción y la organización del trabajo, es capaz de patrocinar el engarzamiento del saber-poder que estará detrás de la reinscripción del cuerpo como blanco expedito de poder con nuevas técnicas de control para someterlo en un nivel capilar: sus gestos, sus movimientos, sus articulaciones, allí se trata menos de corregir la conducta que de hacer más eficiente la economía corporal aumentando su velocidad, su agilidad, su resistencia y la organización de sus fibras. Se impone así la docilidad como nuevo paradigma sobre el cuerpo que combina la obediencia frente al poder y la utilidad dentro del proceso productivo, por lo que ya no se trata del cuerpo como objeto de suplicio sino como registro fisiológico de prácticas sociales, elemento que exigirá la presencia-sometimiento del cuerpo para refrendar el vínculo de poder a través de dispositivos sutiles y procesuales.

8 MARX, K. (2010). *El Capital: crítica de la economía política*. México D.F.: Siglo XXI Editores.

Allí tiene cierta claridad intuición teórica de Foucault sobre la connotación de clase de los dispositivos del poder disciplinario: dentro de la racionalidad económica emergente en el siglo XVIII el cuerpo será más útil como soporte anatómico del trabajo abstracto –en tanto productor de valores de cambio- que como significativo donde se registra el poder ilimitado y brutal del soberano. No obstante, el problema de la dimensión subjetiva del campo de fuerzas –que apuntala la idea de la “guerra como filigrana de la paz”⁹ vuelve a quedar oscurecido con la *población*, que compone una de las variables del triunvirato técnico de la gubernamentalidad como racionalidad política –seguridad, gobierno y población-.

Para nuestro autor la seguridad reorganiza la economía del poder situando las técnicas judiciales y disciplinarias en un campo de fuerzas cualitativamente distinto que encuentra en la población el sujeto-objeto de las relaciones de poder: es posible configurar tecnologías capaces de refuncionalizar la contingencia de los circuitos, series y distribuciones de la población para su propio control. La población supone la entrada en escena de un personaje político completamente inédito, a la vez objeto técnico de la gestión del poder y sujeto que responde a reglas, dinámicas y racionalidades consideradas “naturales” o “normales” con una existencia social e histórica que desborda el control técnico del poder del gobierno, entre estas dos dimensiones se interpondrá una enorme cantidad de variables físicas, ambientales, morales y técnicas que definen el curso de las relaciones de mando –obediencia y gobierno-resistencia, lo cual implica que el problema central de la seguridad será actuar sobre la población asumiendo como normales varias de sus premisas y mecanismos de funcionamiento¹⁰.

Ciertamente esta hipótesis puede ser interpretada como solidaria de la capacidad del capital de estructurar ámbitos político-institucionales, espacialidades urbanas y temporalidades productivas que propicien su reproducción ampliada, esto es, el problema de la circulación para la disposición de series abiertas de fenómenos

9 FOUCAULT, Michel (2006): *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México D.F. Pág., 52

10 FOUCAULT, Michel. (2014). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

aleatorios y con dinámicas intrínsecas vinculadas a su particularidad existencial, definidos así por Foucault como la pieza central del dilema técnico inherente a la policía como arte de gobierno, organizada en función de las necesidades de acumulación y reducción de la resistencia política. No obstante, en el concepto de *población* las condiciones histórico-materiales del sujeto quedan disueltas en una racionalidad táctica que los iguala en la racionalidad instrumental del capitalismo, una hipótesis que puede ser válida si se considera a la población como objeto de la racionalidad normalizadora de la seguridad, como producto de dispositivos de poder que modelan a los individuos de manera tal que actúe de cierta manera como si quisiera hacerlo, esto es, en función de intereses individuales tendientes a la maximización del beneficio.

Hasta allí el razonamiento que hila la hipótesis parece claro, sin embargo la superficie conceptual se hace resbaladiza si se considera al sujeto de poder en el ámbito de la población y en el seno del gobierno: ¿qué entramado de intereses orienta la conducción del gobierno en el triunvirato de la seguridad como técnica dominante de poder?, ¿las condiciones materiales hacen posible que la población, considerada así, pueda operar como sujeto-objeto de la racionalidad gubernamental? Sin duda Foucault acierta al desentrañar el entramado de dispositivos tácticos que reorganizan el poder disciplinario y el poder judicial para invertir el sentido de la iniciativa individual e incorporarla funcionalmente en la relación de mando-obediencia, correlato político de la racionalidad económica de libre mercado, sin embargo reproduce en el plano teórico la homogenización del sujeto como efecto de poder. De esta forma limita nuestra comprensión del fenómeno de la resistencia como práctica social y los desplazamiento verticales de los equilibrios de poder entre clases sociales en relación a la capacidad de operar

sobre las condiciones de producción y distribución de los medios colectivos de vida¹¹.

2. Hasta aquí esperamos haber contribuido al debate teórico en torno a la riqueza conceptual de Foucault, en lo que sigue trataremos de poner en juego la analítica del poder del filósofo francés de cara a la brutal realidad que nos interpela: la desaparición de 43 estudiantes de la Escuela Normal Isidro Burgos de Ayotzinapa a manos de agentes del Estado y del crimen organizado, que necesariamente nos obliga a encuadrar el acontecimiento en un plano más amplio de escalonamiento de la violencia en México. ¿Es posible sostener en el plano teórico, utilizando el instrumental conceptual de la reflexión sobre el poder de Foucault, la consigna de las movilizaciones desatadas por el asesinato y desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa que apunta directamente al Estado, no por omisión sino por acción sistemática, de operar la violencia contra la sociedad civil?, esta pregunta, de profundas implicaciones éticas, gravita en torno a una de las nociones más importantes del universo conceptual de Foucault: la razón de Estado, a través de ella nuestro autor vuelve al doble sentido de la naturaleza del poder como fuerza productiva capaz de estructurar ámbitos de normalidad donde se juega multiplicidad de intereses en circuitos y series dispuestos de tal forma que se contrarresten, dentro de límites tolerables, los aspectos negativos de su propia condición aleatoria; al mismo tiempo la razón de Estado reintroduce el problema del miedo como estética política contemporánea, artefacto brutal capaz de situar ante sí al sujeto para reducirlo a su condición biológica y cosificarlo dentro una racionalidad reguladora que, al mismo tiempo, depende del reconocimiento de la iniciativa y emprendimiento del individuo, de su capacidad de tomar decisiones

11 Los matices de este problema son abordado por el propio Foucault, que en varias oportunidades entabla diálogos y polémicas más o menos explícitos con el marxismo. A través de la *policía*, como racionalidad administrativa que soporta el arte de gobernar el Estado, halla el enlace estructural entre el problema político de la regulación y el dilema económico de la circulación para la acumulación, creados ambos por la configuración de una economía de mercado, abierta y urbana que exige operar en condiciones de estabilidad política y normalidad social. La policía es el tamiz histórico y la tecnología de poder que hace posible que los flujos abiertos de circulación, en clave de valores de cambios dispuestos en mercados abiertos, se conviertan en condensadores políticos para consolidar la configuración estatista de las relaciones de poder (Foucault. 2014).

para motorizar el desarrollo económico del Estado sin alterar las reglas de juego dispuestas para su robustecimiento institucional.

Para el Foucault¹² el poder pastoral constituye la matriz civilizatoria de una racionalidad propiamente política: el gobierno de los hombres, una forma de ejercer el poder como arte y técnica de la regulación de la circulación para la organización de la multiplicidad y el control de la individualidad, racionalidad que orienta el ejercicio del poder y que a partir del siglo XVI ha sido llamada, precisamente, política, tomando cuerpo en el esquema estratégico del Estado como aparato y proceso regulador, principio de inteligibilidad de dicha racionalidad política que reorganiza los actores y procesos de la ecuación soberana medieval. Así el gobierno opera sus dispositivos en relación a y en función de la preservación del Estado como campo estratégico de racionalización de las relaciones de poder, esto es, la razón de Estado como puntal de cierta relación de fuerzas que opera hacia adentro en contra del desmantelamiento revolucionario y hacia afuera en un tablero de juego donde compite con otros Estados por su supervivencia.

De allí que para el autor la razón de Estado, en tanto racionalidad gubernamentalizada del ejercicio del poder, se juega en una dinámica de fuerzas contingente donde el Estado debe activar, hacia afuera, mecanismos diplomático – militares y, hacia adentro, dispositivos de policía. Ambos deberán garantizar la preservación del Estado en un ámbito de competencia permanente a través de la acumulación progresiva de fuerzas al interior del propio Estado.

Al respecto consideramos necesario apuntar algunos elementos que nos parecen problemáticos dentro de una hipótesis general de enorme utilidad para entender el momento histórico. En primer lugar es necesario identificar los alcances conceptuales de la reflexión de Foucault por la naturaleza y límites espacio-temporales de su quehacer teórico, a lo largo del curso de 1978 nuestro autor se concentra en el caso europeo y solo esporádicamente avanza en su genealogía

12 FOUCAULT, Michel. (2014). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

del poder tomando en cuenta la influencia cultural y técnica de oriente sobre las sociedades occidentales. Es así como define a la Europa del siglo XVII como “*un recorte bien limitado y sin universalidad*”¹³ para dilucidar en la razón de Estado un modelo emergente de conducción de la política exterior del Estado después de la paz de Westfalia, que va a permitir la configuración de cierto orden regional y plantea por primera vez la cuestión europea en relación a su identidad civilizatoria –atravesada por el cristianismo–, el equilibrio de fuerzas dentro del continente – que creaba un escenario de multiplicidad sin unidad sostenida por el ejercicio de la guerra como medida de balanceo–, y sus relaciones con el resto del mundo – al que ya dominaba a través de la política colonial–.

Con esto Foucault se sitúa en curso de aproximación con el pesimismo antropológico del realismo internacional anclado en la teología política que nuclea la propuesta de Hobbes, que ve en cada Estado una unidad política que debe valerse de sus propios esfuerzos –y específicamente de dispositivos diplomático-militares– para preservar su existencia en un ambiente de competencia permanente. ¿Cómo leer la razón de Estado, con sus dispositivos político-militares y mecanismos de policía¹⁴, desde la periferia de la economía – mundo capitalista para entender la racionalidad perversa que se esconde tras la escalada de violencia en un país como México? así planteada, la cuestión supone introducir la variable estructural del desarrollo desigual y combinado de las formas de explotación de la mano de obra, el despojo territorial y la inserción jerarquizada en

13 FOUCAULT, Michel. (2014). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica. México D.F. Pág 343.

14 Foucault insiste en la necesidad de analizar el arte de gobernar que irrumpe en la escena política europea a partir del siglo XVI como la habilidad para disponer recursos y distribuir flujos para posicionarse adecuadamente en configuraciones de poder cambiantes que toman la forma de campos de fuerza dinámicos. El siglo XVII presenciara la consolidación de una técnica de poder inherente al nuevo arte de gobernar: la policía, definida por el autor como una técnica que introduce mecanismos de regulación orientados a incrementar el poder del Estado estableciendo condiciones de orden sin paralizar el re juego permanente de fenómenos contingentes, esto es, el incremento cualitativo de la capacidad del Estado de regular series abiertas de fenómenos que por su naturaleza establecen múltiples relaciones, esto con el objetivo de situar los mismo fenómenos en un entramado de relaciones capaces de responder a la multiplicidad de intereses particulares en condiciones políticas relativamente estables. (Foucault, 2014).

el comercio internacional en función de la acumulación de capital en el centro del sistema – mundo ¹⁵.

La reflexión debe ser orientada aquí a través de precisiones empíricas: México fue integrado a través del TLCAN y el desmantelamiento constitucional que inicia con la derogación del Artículo 27 a un modelo regional de aprovisionamiento energético que responde a las necesidades geoestratégicas de Estados Unidos en un contexto de reducción de las tasa de ganancias y crisis capitalista generalizada, lo cual implica que el TLCAN formaliza dinámicas anexionistas que han definido paulatinamente el problema de seguridad nacional en México en relación a las necesidades de Inversión Extranjera Directa, impulsando así la articulación de dos estrategias: una que asume la forma de una ofensiva geoeconómica para desmantelar la infraestructura nacional y someter el capital industrial-nacional a los ciclos de reproducción especulativa del capital financiero, y otras de raigambre contrainsurgente, orientadas al debilitamiento de los acumulados organizativos del movimiento social y, fundamentalmente, al desmantelamiento de las formas de vida comunitarias –con su formas de propiedad social y colectiva- para abrir el territorio a la especulación financiera.

Las formas de violencia contrainsurgente se han constituido históricamente como el ariete normalizador en las periferias de la economía – mundo capitalista: la inestabilidad, la violencia y la guerra se han consolidado como modos de funcionamiento del capitalismo dependiente que reproducen una y otra vez la crudeza de las formas de acumulación originaria de capital que experimento Europa entre los siglos XVI y XVIII. Ahora bien, el concepto de *policía* en Foucault perfila al Estado como un macro-poder regulador que ha monopolizado el ejercicio de la violencia a través de la revolución técnico-militar que profesionalizó a los ejércitos europeos entre los siglos XVII y XVIII. No obstante, las condiciones estructurales, que pasan por el diseño geoestratégico del TLCAN y el la propia configuración oligárquico-financiera que controla al Estado mexicano, hacen

15 WALLERSTEIN, Immanuel. (2007). *La crisis estructural del capitalismo*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.

imposible pensar en una política exterior capaz de balancear el poder de Estados Unidos y una policía –en tanto arte de gobierno- articulada en torno a los intereses de las instituciones políticas mexicanas y en función de una razón de Estado con alcance estratégico, por lo tanto consideramos necesario repensar *la policía* como racionalidad administrativa y técnica de poder que garantiza el control de la población en un escenario político en el que se articulan fuerzas legales e ilegales, violencias materiales y despojo territorial, dispositivos disciplinarios contrainsurgente e instrumentos jurídicos, para crear un ambiente de excepcionalidad en el que la violencia se normaliza y crea las condiciones de posibilidad para la acumulación de capital.

Allí la racionalidad económica que vincula las formas criminales de capitalismo – definidas así solo en función del marco jurídico- con un ciclo de expansión del capital financiarizado subordinan y refuncionalizan la razón de Estado, creando una situación de ingobernabilidad, incertidumbre e inestabilidad social que es, en sí misma, fuente de ganancia pues crea las condiciones para la realización social de la mercancía –sea esta considerada legal o ilegal, sean las maquilas en Chihuahua o la cocaína circulante- y resuelve, de manera volátil y caótica para vencer las resistencias comunales, el problema de la circulación en función de la acumulación. Desde esta perspectiva es posible entender la racionalidad perversa y estructural de la agresión contra los normalistas de Ayotzinapa y, un hecho que no ha sido abordado suficientemente, las más de 35 fosas comunes halladas por la Policía Comunitaria de Guerrero en una región de intensas disputas territoriales que se inscriben en una geopolítica nacional de la desaparición forzada.

Quisiéramos ahora adentrarnos en un tema tan doloroso como complejo desde el punto de vista teórico: la violencia en México ha asumido una lógica comunicativa perversa, inscrita en el cuerpo como soporte material de un mensaje intimidante con profundos efectos de poder. Pasamos entonces del problema de la circulación y la conducción de conductas para regular fenómenos cuya naturaleza es aleatoria –propio de los dispositivos de seguridad- a la cuestión de la desarticulación del poder disciplinario que reintroduce el cuerpo como objeto de suplicio.

“Nos toparon dos patrullas de la policía municipal de Iguala, que inmediatamente comienzan a dispararnos, en un principio creemos que son disparo al aire, cuando nos bajamos yo me percate que los disparos no eran al aire, los disparos eran directamente contra nosotros, a los autobuses....cuando nos atraviesan una patrulla decidimos bajarnos para mover la patrulla a empujones, el compañero Aldo llega primero a la patrulla, yo llegue en segundo lugar, empezamos a empujarla y empiezan a disparar contra nosotros directamente, cuando empezaron los disparos compañeros míos se tiraron al piso, yo me avente hacia donde estaba el bus...Aldo estaba a mi lado, nosotros dos empezamos a empujar la patrulla cuando empezó la descarga, a Aldo le dieron en la cabeza, yo volteo y me doy cuenta que está en el piso...cuando llegaron los medios de comunicación los lleve a los autobuses y a los casquillos de bala, estábamos en eso, los medios estaba recibiendo la información cuando del lado de periférico se oye un estruendo enorme, fue un estruendo horrible, incluso mayor que la primera ráfaga...Ese mismo día nos informan a las 7:00 am que habían encontrado a un compañero desollado, nos muestran la fotografía y nos dicen: ¿lo reconocen?, inmediatamente lo reconocí, el compañero no tenía la piel del rostro”¹⁶

Julio Cesar Mondragón fue brutalmente asesinado, su cuerpo aparece en inmediaciones del C4 de Iguala –cuerpo de inteligencia federal-: su rostro había sido desollado y su cuerpo no presentaba ningún disparo. Las redes sociales sirvieron como plataforma mediática de fotografías que reproduce una mirada construida con intenciones explícitamente intimidatorias y que se suman a la violencia de los cuerpos suspendidos en los puentes de Michoacán, los cuerpos decapitados por venganzas y ajustes de cuentas entre carteles y mostrados en páginas de internet, los cadáveres aun amordazados de los 72 migrantes entregados por la policía municipal de San Fernando, Tamaulipas a Los Zetas.

El mismo Foucault aporta una aproximación antropológica al *suplicio* en la época feudal, tratando de esclarecer los términos de la racionalidad implícita en este tipo de castigo que, a pesar de su brutalidad, esta mediado por reglas que lo perfilan

16 Sobreviviente Ayotzinapa, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=71EQNShbXJE>

como técnica vinculada al ejercicio del poder judicial, que puede sentenciarlo como pena, modularlo según la gravedad de delito y el estatus del infractor o dosificarlo según las necesidades políticas que imponga el momento histórico. En cualquier caso el *suplicio se concentra en el cuerpo* e implica el cálculo del dolor para hacerlo conmensurable a la gravedad del delito siempre dentro del registro simbólico de su efecto ejemplarizante.

En el cuerpo expuesto al suplicio de la tortura se articulan tres ámbitos del ritual judicial: la aplicación del castigo coherente con la condición de sospechoso del individuo –que le merecía el suplicio y aun no la muerte-, la técnica para extraer de él la verdad y la proyección pública de la ejecución, espectáculo a través del cual la justicia recompone su dominio sobre el delincuente convirtiendo su cuerpo en la plataforma material del ritual punitivo, que a pesar de crueldad no abandona la racionalidad propia de una técnica de poder volcada en el escenario público para que el delincuente confiese su culpa, es decir, la estrategia de poder solo puede expresarse en la verdad del crimen revelada por el propio delincuente, su cuerpo el objeto material sometido a suplicio, su alma el registro simbólico de la victoria del ritual punitivo y la restitución de la ley agraviada, que es al mismo tiempo fue la voluntad política del príncipe lesionada por la comisión del delito¹⁷.

No obstante, el retorno del cuerpo en esta economía del poder sirve al propósito de cosificar al sujeto para introducirlo en una relación de poder total, su objetivo, a diferencia de la tortura, no es tanto extraer del sujeto una verdad de sí y del crimen cometido sino insistir en la teatralización del poder ilimitado que asume la forma de un artefacto de terror donde la razón de Estado como correlato político del problema de acumulación, insistimos en esta hipótesis, opera a través de dispositivos legales y criminales articulados en un entramado de dispositivos disciplinarios ejemplarizantes. El propio Foucault avanzó en esta dirección al analizar la función política del suplicio, que se ejerce como una respuesta vengativa del poder soberano y el orden que representa, a través del ritual punitivo

17 FOUCAULT, Michel. (2002). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. México D.F.

el príncipe afirma su poder y ejerce su derecho a castigar, facultad exclusiva de su poder absoluto sobre sus tierras y súbditos que expresa, en el cuerpo del delincuente y el terror del suplicio, el carácter ilimitado del poder político-militar del príncipe que ve en el delincuente un desafío a su soberanía.

Sin embargo queda en el aire el problema de la politicidad del suplicio como técnica de poder con aspiración de legitimidad, esto es, un estatuto de verdad que restituye simbólicamente el derecho del soberano a ejercer estas formas de terror. La especificidad histórica de este *retorno del cuerpo* tiene que ver con la dialéctica negativa de la razón de Estado como artefacto de terror, que robustece su poder en el corto plazo a la vez que mina su existencia histórica de larga duración: el cuerpo despedazado, expuesto a través de la plataforma mediática de las redes sociales para potenciar sus efectos ejemplarizantes, o el cuerpo desaparecido, desintegrado en las fosas comunes, anulan la naturaleza social de toda relación de poder, el otro-objeto queda ausente y reaparece simbólicamente en la multitud indignada¹⁸, la crudeza autodestructiva del poder aparece expuesta revirtiendo la novedad tecnológica que en su momento introduce la disciplina para potenciar la fuerza productiva del poder.

3. Hasta ahora hemos tratado de introducir, con cierta distancia crítica, algunas de las herramientas conceptuales y claves metodológicas para tratar de entender, en la microfísica del cuerpo agobiado y en el ámbito estructural de la crisis del capitalismo, los dispositivos de poder y la racionalidad política de la masacre en Ayotzinapa. Para cerrar quisiéramos someter a discusión una hipótesis que se ha desplazado subterráneamente a lo largo de este documento: el miedo como mecanismo de control biopolítico que, en la arena estructural de la periferia latinoamericana, organiza los dispositivos de regulación de la población en función

18 Para Foucault el ritual punitivo en el ocaso del feudalismo conlleva riesgos políticos, particularmente cuando la multitud desvincula el castigo del crimen por considerarlo injusto o desproporcionado, momento en el cual la multitud se convierten en un nuevo actor del ritual, ya no solo como audiencia aterrorizada por el espectáculo aun cuando lo considere justo sino como potencial multiplicador del desafío político, persiguiendo al verdugo y liberando al delincuente del dolor. Hacia el siglo XIX la propia teoría penal se percata de los peligros políticos que conlleva el castigo-espectáculo y se esfuerza por redimensionar la estética del crimen moderando el castigo y evitando que el delincuente se convierta en un héroe popular que resiste un modelo de violencia que no pocas veces deja ver su carácter de clase.

de la inserción del capital financiero en los territorios, esto es la, disposición táctica de tecnologías de poder para organizar, refuncionalizar, desplazar y controlar a la población en relación al territorio como componente estratégico, sin que esto implique que la soberanía –precisión que ya ha sido expuesta por Foucault- vuelva a ser útil como unidad de análisis político-normativo.

En 2014 la Comisión Económica para América Latina informó que México se consolidó como el principal emisor de migrantes en el continente, con más de 11.8 millones de personas en flujos migratorios que tiene como principal destino el mercado laboral de Estados Unidos. Las fuerzas expulsoras pueden ser halladas en los factores estructurales que ya han sido esbozados: el desmantelamiento de la industria nacional y la ampliación del sector informal en la economía, que ofrece pocas garantías en materia de seguridad social y multiplica los riesgos por sus conexiones con el crimen organizado; la desarticulación de las formas de propiedad social sobre la tierra a través de mecanismos de despojo jurídicos o técnicas contrainsurgentes ha creado un mercado de tierras abierto a la inversión extranjera que ha expulsado a millones de campesinos e indígenas a las ciudades o a corredores de migración ilegal; el escalonamiento de la violencia en los últimos años ha modificado la geografía regional en varias zonas del país, despoblando aldeas y pequeñas ciudades.

Para Foucault *“la libertad –del liberalismo- no es otra cosa que el correlato de la introducción de dispositivos de seguridad...un dispositivos de seguridad solo puede funcionar bien con la condición de que se les dé algo que es justamente libertad, en el sentido moderno que esta palabra adopta en el siglo XVIII”* ¹⁹. La seguridad, como entramado de dispositivos bipolíticos, constituye entonces un problema de circulación, la regulación desde arriba ajusta una tendencia intrínseca y circunscrita del fenómeno a autorregularse, poniendo en juego otros elementos de la realidad para que el fenómeno tienda a anularse a sí mismo.

19 FOUCAULT, Michel. (2014). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

De allí que pensar el miedo como mecanismo de control bipolítico implica situar el problema del despojo territorial, de los corredores ilegales de migrantes, el planteamiento estratégico del Plan Puebla Panamá y la Iniciativa Mérida –que trazan un diseño geopolítico que introduce el territorio mexicano en el área de jurisdicción del *homeland security* y el Comando Central de Estados Unidos- en una economía de incentivos vertical que, no obstante su connotación de clase, opera a través de la misma racionalidad táctica: crear un ambiente favorable para atraer Inversión Extranjera Directa a la vez que se vacían los territorios.

La riqueza y sutileza conceptual de Foucault es vigente cuando precisa que la relación entre lo legal, lo disciplinario y la seguridad, en tanto tecnologías de poder, no es lineal, su relación es también sincrónica en tanto cada una, en distintos momentos de la historia, organiza a las otras, que ya se presentan de forma prefigurativa, en función de sus objetivos y necesidades. En medio de esta configuración cambiante de dispositivos de poder organizados por la racionalidad administrativa del libre mercado se desarticulan las formas de vida comunitaria a través de mecanismos de terror –violencia explícita, abierta y ejemplarizante-, dispositivos disciplinarios basados en la capacidad de vigilancia, control territorial de los cuerpos de seguridad del Estado o el crimen organizado, y de tecnologías de seguridad –que incluyen la desarticulación de las formas de propiedad social sobre la tierra, la ruina de las actividades agrícolas y la desindustrialización de la economía- para que sus pobladores decidan desplazarse para salvar sus vidas o encontrar nuevas formas de subsistencia al otro lado del Río Bravo o en las ciudades.

